



COR AD COR LOQUITUR

Liberar la libertad

SOCIEDAD DE SAN JOHN HENRY NEWMAN

Frodo: "No puedo hacer esto, Sam..."

Sam: "Lo sé... Todo está mal. Por derecho ni siquiera deberíamos estar aquí... Pero lo estamos... Es como en las grandes historias, Sr. Frodo. Las que realmente importaban. Llenas de oscuridad y peligro, y a veces no querías saber el final, porque ¿cómo podría ser feliz el final? ¿Cómo podría el mundo volver a ser como antes cuando había pasado tanta maldad? Pero al final, es solo algo pasajero, esta sombra. Incluso la oscuridad debe pasar. Un nuevo día llegará y cuando el sol brille, brillará más claro. Esas eran las historias que se quedaban contigo, que significaban algo, incluso si eras demasiado pequeño para entender por qué. Pero creo, Sr. Frodo, que sí entiendo... Lo sé ahora. La gente en esas historias tuvo muchas oportunidades de retroceder, pero no lo hicieron. Siguieron adelante, porque se aferraban a algo..."

Frodo: "¿A qué nos estamos aferrando, Sam?"

Sam: "A que hay algo bueno en este mundo, Sr. Frodo... Y vale la pena luchar por ello"

Tolkien, *El Señor de los Anillos. Las dos Torres*. Cap. 60

(El diálogo está tomado de la adaptación para la película dirigida por Peter Jackson)

Liberar la libertad

Al igual que tú, también nosotros quisiéramos que vivas intensamente esta etapa tan importante y que al final te quedes con la sensación de que ha valido la pena. Aquí van algunos pensamientos para un rato de reflexión, para alguno de esos espacios en los que quieres dedicarte con especial intensidad a al cultivo de tu persona. Plenamente humano y auténtico cristiano, he aquí el programa. No se trata de dos realidades distintas, mucho menos contrapuestas, ya que lo verdaderamente humano es cristiano, y lo verdaderamente cristiano es la plenitud de lo humano.

De esto precisamente vamos a tratar, pues a veces podemos asociar la vida cristiana a una pérdida de humanidad, cuando tendría que ser justamente lo contrario. Si la coherencia cristiana nos hace menos humanos hemos equivocado la vida cristiana. La vida cristiana es y tiene que ser experimentada por cada uno de nosotros como plenitud humana. Eso no significa ausencia de esfuerzo, de sacrificio, de sufrimiento, de renuncia, incluso fracasos o derrotas. Todo esto es profundamente humano. Lo inhumano es el egoísmo, el orgullo, la falta de sentido, de esperanza, de libertad, de amor.

1. SED DE INFINITO

Podemos comenzar recordando unas palabras que dijo Dios a través del profeta Jeremías: "Una doble maldad ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua" (Jr 2, 13).

Esta lamentación de Dios vale para nuestro tiempo, aunque esté tan lejano del tiempo de Jeremías, porque expresa una tentación universal en el tiempo y en el espacio: abandonar a Dios, fuente de agua viva, para beber la felicidad en charcos vacíos o llenos de agua corrompida, que nos fabricamos nosotros mismos.

¿Qué se diría de una persona que obrara así en un sentido literal? Alguien que teniendo un manantial de agua pura y fresca a fuerza de mucho trabajo se construyera un aljibe agrietado que no puede retener la poca agua que llueve y, cuando fuera allí, se encontrara con que no tiene agua para calmar su sed. Nadie en su sano juicio obraría así. Sin embargo en las cosas más trascendentales y delicadas de nuestra vida, en aquellas en las que estamos en juego nosotros mismos, el sentido de la vida, el destino futuro, es decir, aquellas cosas de las que depende radicalmente nuestra felicidad, a ese nivel más profundo que es moral y espiritual, con facilidad actuamos de ese modo: haciendo uso de nuestra libertad abandonamos a Dios, fuente de agua viva y tratamos de lograr la felicidad a nuestra manera. Esperamos poco de Dios y esperamos mucho de la satisfacción de

nuestras inclinaciones viciosas, curiosas, afectivas, pasionales, sentimentales, o bien del dinero y la posesión de ciertos bienes materiales.

Hay en nosotros, allá en el fondo, como una especie de desconfianza de que Dios sea realmente una fuente de agua viva, nos fiamos más de lo que nosotros nos podemos fabricar a nuestra manera y según nuestro parecer, es decir, preferimos cavar aljibes agrietados que no son capaces de retener el agua, teniendo a nuestro lado un manantial de agua pura, cristalina y fresca que viene de Dios y que nos enseña cómo vivir todas las realidades humanas de manera que nos enriquezcan y se conviertan en una fuente de alegría pura.

a. Consecuencia del pecado original

El pecado original ha dejado en nosotros esa semilla de desconfianza que nos hace sospechar que la presencia de Dios y de su voluntad en nuestra vida resultará un límite a nuestra libertad y realización personal, y nos privará de poder disfrutar y gozar de realidades naturales, culturales, humanas tan hermosas y atractivas. Es lo que le ocurrió a Adán y Eva y también a aquel hijo menor que pidió a su padre la herencia y se fue lejos para vivir por fin, liberado de las ataduras paternas, una vida plena y feliz de verdad. Así nos pasa a nosotros con facilidad, en el fondo no creemos que Dios basta, que solo con él y en él podemos vivir todas las realidades creadas de la manera más plena posible. Por eso siempre estamos tentados de ir por cuenta propia, procurando y buscando hacer lo que a nosotros nos parece, porque creemos que por ese camino es por donde nos irá mejor. En esto consiste la herida, la gota de veneno, que el pecado ha dejado en nosotros, en una sospecha, una desconfianza respecto a Dios. Tenemos una libertad herida por el pecado.

b. Queremos evadir lo costoso

Todo esto se entiende no solo por la raíz del pecado que hay en nosotros sino también porque sabemos que la vida en Cristo supone la muerte a nosotros mismos. Palabras estas que nos asustan y queremos evadir como sea. Queremos la felicidad, la alegría, probar los más hermosos frutos de todo lo que es humano, pero sin el sacrificio de morir a nosotros mismos. Como Jesús no engaña, es franco, nos dice las cosas como son: para llegar a la raíz de la verdadera alegría, para alcanzar la verdadera libertad, para alcanzar la plenitud humana, para disfrutar plenamente de todo lo auténticamente humano, nos dice que el camino pasa por el despojo de nosotros mismos para seguirlo a él, sus palabras, por amor a él. O diciéndolo de manera positiva pasa por el amor entregado. Según él, paradójicamente, este camino es el que conduce al gozo auténtico y la alegría verdadera. Y nosotros cuando tenemos a mano gozar de algo, lo queremos de la manera más inmediata, aunque sepamos que hay opciones mejores, y posponerlo o dejarlo nos cuesta

mucho trabajo, a veces no somos capaces, y preferimos probar el sabor dulce de aquel caramelo a coger otro camino alternativo, más costoso pero más completo y mejor. Así podemos perder la irrupción en nuestro espíritu de un gozo nuevo, de otra calidad, que viene de Dios, que llena el espíritu y lo hace profundo, lo hace rico y acaba teniendo, centuplicado, lo que antes había dejado. San Juan de la Cruz decía que “para venir a lo que gustas has de ir por donde no gustas”¹.

c. “Ojalá escuchéis hoy su voz”

“Ojalá escuchéis hoy su voz: ‘No endurezcáis el corazón’” (Sal 94, 7-8). Para esto es la reflexión – oración, y no solo la oración, sino toda la vida, para escuchar hoy (cada día) su voz y no endurecer el corazón. El Señor habla y si no lo escuchamos, o si lo escuchamos pero no le hacemos caso, se endurece el corazón. Un no a Dios no nos deja igual. Escuchar hoy su voz y decirle que sí, seguirle la corriente, nos hará entrar en su descanso. Además su voz, su palabra, es el verdadero alimento que necesitamos. Hay un texto del profeta Isaías en el que se nos dice: “Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo” (55, 10-11).

Somos como la tierra que necesita que la empape la lluvia para poder dar todos los frutos que lleva potencialmente dentro, y ser fecunda. Sin la lluvia es un erial estéril, pero cuando recibe la lluvia da frutos bellísimos. Así es nuestro corazón, como una tierra con una capacidad enorme que puede dar frutos bellísimos si acoge el agua viva del amor de Dios que puede hacerla fecunda. Esa agua viva es la palabra de Dios. Palabra que nunca es solo un ruido articulado con un significado teórico, sino que es siempre la comunicación amorosa de una persona divina, que a su paso da vida, libertad, amor, gozo, fortaleza, comprensión y toda clase de frutos buenos. Seguro recuerdas ese texto del profeta Ezequiel en el que habla de un torrente de agua que sale del templo, cada vez más caudaloso, a cuyo paso ve engendrando vida². La Palabra de Dios viene a nuestro corazón con el propósito no solo de mojarlo un poco, para que dé algunas hierbecillas que estén al borde de la vida y de la muerte, sino que quiere empaparlo para que produzca en nosotros una explosión de vida y de fecundidad. Tenemos que desear esa palabra, buscarla, crear en nosotros las condiciones adecuadas para recibirla y que pueda

¹ *Subida al monte Carmelo*. Monte de perfección.

² Ez 47, 1-12. “En ambas riberas del torrente crecerá toda clase de árboles frutales; no se marchitarán sus hojas ni se acabarán sus frutos; darán nuevos frutos cada mes, porque las aguas del torrente fluyen del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales” (v. 12).

empaparnos. Las palabras de Dios son eficaces: cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo, a no ser que nosotros endurezcamos nuestro corazón.

Por otra parte, piensa que si no nos abrimos y entretenemos en recibir esta lluvia que viene de Dios... ¿a qué nos abrimos y en qué nos entretenemos?

El Papa Francisco comentó en algunas ocasiones el episodio en el que el profeta Elías recibe la visita de Dios. Pasa un huracán que quebraba las rocas, luego un terremoto, después fuego, y en todas esas cosas no estaba Dios, y luego llega el susurro de una brisa suave y allí estaba Dios. El Papa decía que la traducción literal de esa brisa suave es "un hilo de silencio sonoro". Son hermosas las dos expresiones: Dios está en el susurro de una brisa suave, o en ese hilo de silencio sonoro. ¿Cómo lo pudo percibir el profeta Elías? Porque ardía en celo por el Señor, porque ardía en amor a Dios³.

A ver si somos capaces de ponernos a tono y recibimos el don de percibir este hilo de silencio sonoro, y no nos dejamos engañar por el huracán ni el terremoto, y veremos que eso es precisamente lo que necesita nuestro corazón y que en comparación con este sonido silencioso, con esa música callada⁴, todo lo demás es ruido que no vale nada.

Pensemos en esas palabras de san John Henry Newman que tanto nos ayudan: *"El alma del hombre está hecha para la contemplación de su Creador, y su felicidad no consiste en nada que esté por debajo de esta elevada contemplación"*. *"Solo basta para el corazón aquel que lo creó"*, nos dice Newman, y también: *"Contemplarle a Él, y ninguna otra cosa, puede abrir de par en par el alma y darle su pleno descanso, puede destrabar nuestros afectos, y ocuparlos y fijarlos"*⁵.

2. LA LIBERTAD ES PATRIMONIO DEL CRISTIANO

El discurso sobre la libertad se lo ha apropiado el mundo secularizado desde la modernidad como si hubiera sido un descubrimiento y una conquista suya. Sin embargo, la libertad es un patrimonio cristiano.

El Concilio Vaticano II, en la constitución *Gaudium et spes* dedica un párrafo a la grandeza de la libertad (nº 17). Entre otras cosas dice: *"La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre. Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión para que así busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a éste, alcance la plena y bienaventurada perfección"*.

³ Cf. 1 R 19, 9-14.

⁴ San Juan de la Cruz, *Cantico Espiritual* (B), 15

⁵ Newman, J., *Pensar en Dios es lo que sostiene al alma*, en: *Sermones parroquiales y sencillos* V, s. 22, p. 295, ss. (n. 538, 9 de junio de 1839).

a. La libertad, don de Dios

La libertad, en su origen, no es una conquista del hombre sino un don y una tarea recibidos de Dios. No nos damos a nosotros mismos la libertad, sino que, a pesar de todos los condicionantes que nos rodean, nos descubrimos y experimentamos como personas libres. Tampoco podemos llevarla a su plena realización, a su consumación, sino en Dios y junto a los demás. Sin él desemboca en el vacío. Entre el origen y el final, ejerciendo la libertad, podemos perdernos o conquistar la verdadera liberación.

Dios ha querido que la persona humana fuera libre; la hace semejante a sí mismo, aunque hay una diferencia esencial: la libertad divina es infinita y la libertad humana finita, no absoluta e ilimitada como la suya.

Dada por Dios, es un bien al que ninguna persona puede renunciar. El hombre es radicalmente libre y no puede dejar de serlo. Y Dios toma totalmente en serio la libertad que nos ha dado y la respeta asumiendo las consecuencias que pueda tener para él, para nosotros, para los demás y para el mundo, para la creación. Dios ha corrido un gran riesgo al hacer al hombre verdaderamente libre y dejarle recorrer su camino hasta el final sin violentar nunca su libertad.

b. Dos dimensiones de la libertad

El Concilio dice que Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión para que lo busque a él y así alcance su propia perfección. De estas palabras del Concilio se deducen dos dimensiones de la libertad.

–Autoposesión

La libertad es autoposesión, capacidad de ser y de hacernos desde nosotros mismos. No salimos de las manos de Dios como un ser acabado, sino como un ser que tiene una naturaleza histórica y tiene que hacerse a lo largo del camino de la existencia. Dios nos ha dejado la libertad para que nos demos forma a nosotros mismos. Decía un Padre de la Iglesia que por la libertad cada uno podemos engendrarnos a nosotros mismos, podemos ser nuestro propio progenitor. Esto es algo serio, quiere decir que cada acto de libertad deja una huella en nosotros, nos hace de una determinada manera.

Esta dimensión de la libertad es inviolable. En las condiciones más extremas de falta de libertad de elección no se pierde este núcleo íntimo de libertad, que es dado por Dios y no lo puede quitar nadie. En un campo de concentración o esclavizado, el hombre sigue siendo radicalmente libre, nada ni nadie lo puede someter totalmente. Puede sufrir una violencia impropia de su dignidad, pero siempre hay en él un núcleo íntimo donde, a pesar de todo, puede ser él mismo. Un ejemplo lo tenemos en los mártires.

–Apertura infinita

Por otra parte hay en la persona una apertura universal. Un vacío que se tiene que llenar. A esto está ordenada la libertad. Los animales tienen un universo limitado, para ellos no existe lo que no entra dentro del ámbito de sus tendencias y necesidades naturales, propias de su especie. No es así en el hombre. En su sensibilidad, en su razón y en su voluntad está abierto a todo, su horizonte no tiene límites. Su voluntad está abierta al bien, no está determinada a unos bienes concretos. Su inteligencia está abierta a la verdad, más allá de cada verdad concreta. Es un ser abierto a la belleza, a la verdad y al bien.

Precisamente por esta característica la persona humana está destinada irremediablemente a la elección, a la decisión. Ante el horizonte prácticamente infinito de posibilidades tiene que optar, y lo hará siempre intentando llenar ese vacío interior en el que cabe “todo”.

c. Solo Dios puede colmar la libertad humana

Con una aspiración infinita el hombre se encuentra en la práctica sólo ante bienes finitos. Surge así una antinomia: el hombre dueño de sí mismo, tiene una capacidad infinita que tiene que llenar haciendo uso de su libertad, pero solo se encuentra ante bienes limitados y finitos, y se da cuenta que a pesar de toda su belleza y atractivo no lo pueden llenar. Es la experiencia que describe San Agustín en las Confesiones: “¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz”⁶.

d. Las dos posibilidades de la libertad

Ante esta constitución natural hay dos actitudes fundamentales:

1) Que la libertad pretenda realizarse empleando todo su potencial para enriquecerse a sí misma convirtiéndolo todo, cosas y personas, en medios para disfrutar y satisfacerse a sí mismo.

⁶ *Confesiones*, L. 10, cap. XXVII

2) Que la libertad escoja el camino de la entrega generosa de sí misma y se abra al don que los demás generosamente le quieran dar de sí mismos, encontrando aquí su suprema realización.

3. LA LIBERTAD ENTENDIDA COMO AUTONOMÍA

La primera es una posibilidad real. Es una libertad orientada hacia la afirmación de sí misma convirtiendo todo lo demás –personas y cosas– en medios para lograr este fin. Esta sería la única alternativa de no haber tenido lugar la redención realizada por Jesús.

a. Autonomía-heteronomía

El hombre moderno considera que no debe estar sometido a nada ni a nadie, es decir, que debe ser autónomo y no estar sujeto a más ley que la que se da a sí mismo. Lo contrario –heteronomía, una ley impuesta desde fuera– sería indigno. Por esta razón está en crisis, desde hace tiempo, la tradición, la autoridad, la ética, la moral religiosa y si estiramos hasta el final la noción de verdad, de bien, de belleza. Se afirma ante todo la libertad, es decir, guiarse siempre por la propia voluntad. La verdad o el bien han dejado de ser una referencia objetiva de valor universal capaz de orientar la libertad de todos. Se han subjetivizado y por lo tanto relativizado; cada uno tiene una noción de verdad. No hay más verdad que lo que a mí en cada momento me parece verdadero. El hombre, se dice, es verdadero hombre cuando se posee totalmente a sí mismo, y no depende sino de su libre decisión, sin estar sometido por ningún tipo de “verdad” o “ley” exterior a él.

Bajo estos supuestos Dios y los demás son únicamente “alguien que están frente a mí” y, al menos potencialmente, condicionan y limitan mi libertad, mi autonomía; lo mismo las condiciones exteriores –sociales, políticas, económicas, etc–. Por todas partes mi libertad está acechada y amenazada. El otro, o lo otro, que está fuera de mí, en la medida que me afectan ponen en peligro mi libertad.

b. Una libertad vagabunda

Todo lo anterior desemboca en la práctica en seguir la propia voluntad que busca el propio interés: dinero, prestigio, “calidad de vida”, placer, bienestar sentimental o afectivo, progreso profesional, intelectual, filantropía, bienes culturales, etc. Las personas y las cosas se valoran no por sí mismas sino por la utilidad –satisfacción, rendimiento, etc.– que me aportan, o como ocasión para afirmarme a mí mismo. Por eso lo que en un momento tiene mucho valor, en otro momento puede no valer nada. En esta situación la libertad no tiene más norte que la propia realización autorreferencial, y se convierte así en una libertad “errante”, “vagabunda”. Buscando el propio interés hoy va en una dirección,

mañana puede ir en la dirección opuesta. Por eso le resulta tan difícil adquirir compromisos estables y definitivos. Es necesario dejar siempre una reserva para poder cambiar en cada momento hacia donde se percibe la posibilidad de obtener mayores compensaciones.

c. No realiza a la persona

Con una libertad entendida así no se alcanza una plena realización humana. En primer lugar porque el anhelo de satisfacción que anida en el hombre es infinito y no lo puede colmar el simple jugueteo con un mundo de posibilidades, o lo que es lo mismo: una libertad errante que va tratando de sacar el jugo a todas las cosas finitas. No hay ninguna que esté hecha a la medida de ese anhelo.

Por otra parte, en cuanto también los demás son libres, no los puedo utilizar para mis propósitos, pueden no corresponder a mis expectativas, tengo que esperar que ellos se abran a sí mismos desde su interior y se me entreguen en la medida que quieran. Esto vale para las relaciones con Dios que es soberanamente libre, y también con las otras personas. Además con una relación utilitarista no se puede alcanzar el gozo pleno del encuentro interpersonal ya que no se deja que los demás sean auténticamente ellos mismos, ni que se entreguen libremente a sí mismos en su peculiaridad, condiciones sin las cuales nunca llegarán a ser un bien verdadero para mí. Quien usa a los demás pone las condiciones para ser también él usado.

4. LA VERDAD OS HARÁ LIBRES

Jesús en el Evangelio de san Juan habla de la relación entre la verdad y la libertad. «*Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*» (Jn 8, 31-32).

a. ¿La libertad os hará verdaderos?

Estas palabras de Jesús se han vuelto del revés proponiendo que lo cierto es justamente lo contrario: no es la verdad la que hace libres, sino que "la libertad nos hace verdaderos". Según el universo mental en el que vivamos estas palabras podrían ser entendidas correctamente ya que en el hombre todo lo que no se hace libremente no es auténtico; por lo tanto, la verdad no tiene que ser impuesta, sino vivida en libertad. Entendidas así estas palabras son correctas. Pero no pertenecen a este universo mental, sino a otro que no admite la existencia de una verdad objetiva que nos trasciende – ¿dónde está la verdad y quién la conoce?—. Lo que, por sistema, damos por descontado es la libertad y ella sería la que construye la verdad: la verdad para mí es lo que yo quiero

que sea la verdad. Mi voluntad –mis sentimientos, mis preferencias, mis valores, mi forma de ser: “yo soy así, o quiero ser así”– esa sería mi verdad y yo la construyo a mi manera. Fabrico mi verdad personal, lo que yo quiero ser, sin ningún tipo de vínculo, ni siquiera de la naturaleza puesto que ésta no tiene por qué ser más verdadera que la elección de mi libertad. Más aun, lo humano no sería someterse a las leyes de la naturaleza sino dominarlas con la razón y la libertad, alterarlas hasta moldearlas a según la medida de mis deseos.

b. Si falta la verdad ¿cómo se orienta la libertad?

Pero si a la libertad le falta el faro orientador de la verdad ¿cómo se orientará? ¿Por la tendencia al placer, al poder, al dinero, por la fuerza de los afectos y sentimientos, por los ánimos o el estado interior en que nos encontremos en cada momento, por la veleidad del capricho, por la moda, por los respetos humanos, por el éxito, por los vicios? Si no seguimos la verdad ¿qué seguimos? Al final quedaremos sometidos por cualquier otra cosa, o quizás por aquellos mismos que dicen que tenemos que ser libres y no someternos a nada: “muchos hablan de libertad, pensando solo en dinero”, escribió Frankl en Ante el vacío existencial. Quien libremente va detrás de todas estas cosas no desemboca en una libertad más plena, sino en la esclavitud. ¿No será acaso la verdad el garante y custodio de la libertad?

El hombre moderno ha dado importancia, con toda razón, al polo de la libertad pero ha descuidado el polo de la verdad. Quiriendo afirmar su libertad se ha emancipado de todo, también de la verdad, y así se ha quedado a oscuras, sin una luz que lo guíe, sin una meta a la que dirigirse, y por ese camino él mismo se ha incapacitado para alcanzar la libertad verdadera. Como veremos después, queriendo afirmar su libertad se ha metido voluntariamente en la cárcel del “yo”, se ha encerrado en sí mismo, y ya no quiere salir, y ahí encerrado ha acabado condenando a la libertad a un juego de elecciones que en muchos casos tienen una apariencia descomprometida, frívola e intrascendente pero que da lugar a consecuencias dramáticas.

Sin referencia a la verdad sobre nosotros mismos, sobre nuestro origen y sobre la meta de nuestra vida, la misma libertad acaba convertida en una mentira destructora, y el amor reducido a un envoltorio vacío que se rellena luego arbitrariamente.

c. La verdad os hará libres

Tenemos que escuchar a Jesús: “la verdad os hará libres”. Esto quiere decir que la libertad es algo más que la capacidad de elegir. El poder de elección es una dimensión esencial e irrenunciable de la libertad, pero se deduce de estas palabras de Jesús que

además la libertad es una meta a la que se llega por el camino de la verdad vivida. Andando libremente por el camino de la verdad alcanzamos la verdadera libertad.

d. La verdad que hace libre surge en el encuentro personal

Volvamos a las palabras de Jesús en el Evangelio de Juan: *«Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»*. Aquí la verdad que hace libres no es una verdad teórica, deducida con la sola razón, sino que es una verdad que surge del encuentro personal y de la fidelidad. Esto te puede parecer de poca importancia, pero es muy trascendente. Estamos acostumbrados a pensar en la verdad como algo teórico fruto de la inteligencia, que uno estudia en los libros. Sin embargo, con estas palabras Jesús nos sitúa a otro nivel. Podríamos decir que la verdad se nos desvela y la descubrimos cuando entramos en un diálogo con Jesús, lo escuchamos, permanecemos en su palabra, es decir, nos fiamos de él, lo seguimos, nos hacemos sus discípulos, y fruto de este seguimiento fiel y confiado de Jesús conocemos la verdad, descubrimos que él mismo es la verdad.

Por lo tanto, la verdad que nos hace libres no es una teoría escrita en un libro que contiene una serie de definiciones, o unas reglas que tenemos que adoptar como norma de vida, sino que es una persona con la que tenemos una relación de amistad, de amor, de fidelidad. En esa relación así vivida estamos en la verdad y alcanzamos la libertad. San Agustín, que buscó con ahínco la verdad, descubrió que conocemos en la medida que amamos. Esta es la experiencia de todos los grandes espíritus, también de aquellos cuyo itinerario hacia la verdad ha sido complejo y no ha estado exento de tropiezos. Pienso, también en Santa Edith Stein, cuyo testimonio nos invita a no aceptar como verdad nada que carezca de amor, ni como amor nada que carezca de verdad.

Esto ocurre con todo, desde las cosas a las personas. La verdad de las cosas no se conoce en el laboratorio, tampoco la verdad de las personas es el resultado de la suma de principios que nos aportan las ciencias humanas. Por ese camino se conocen aspectos importantes, sí, pero siempre parciales. Y a Jesús, a Dios, que es la Verdad y origen y fundamento de toda otra verdad solo se le conoce por el camino del amor. La razón es que la verdad no es solo para ser conocida, sino más bien para ser vivida. Cada conocimiento es como una llamada que espera una respuesta libre por nuestra parte. Si esa respuesta es de acogida, de donación, de compromiso con la verdad conocida entonces esa verdad se nos desvela más profundamente y así sucesivamente.

–La autonomía autorreferencial encierra en el propio yo

Comentando estas palabras de Jesús empezamos a darnos cuenta que nos sitúan en otra dimensión muy diferente a la que veníamos explicando.

La libertad concebida como autonomía lleva a ver a los demás como potenciales amenazas para mi libertad, que constituiría el mayor bien a custodiar. Me relaciono con todas las personas pero defendiendo mi autonomía. Esta es una postura muy “cerrada” ya que no permito que nadie entre en mí. Culturalmente puede parecer una postura muy “abierta” ya que defenderé que todos tienen derecho a hacer lo que les parezca libremente. Esta mentalidad desemboca fácilmente en la reivindicación de derechos – incluso del supuesto derecho a la transgresión y al visión– y en la ausencia de deberes y compromisos. Me parecerá que tengo derecho a apropiarme y utilizar todo de acuerdo con mi criterio personal, así como a ser informado de todo y enterarme de todo, y a protestar cuando me veo invadido, yo o mis cosas, por los demás más allá de lo que estoy dispuesto a dar. Y por todo esto es fácil que las relaciones se acaben guiando más por la estrategia que por el amor.

–La amistad abre a la comunión

En la amistad los demás no se ven como amenazas a la libertad personal. No son intrusos que tengo que mantener fuera, sino que son amigos a los que invito a entrar en mí y por los que me dejo condicionar. La auténtica relación humana es la que se desarrolla sobre la base del amor recíproco. El mejor uso de mi libertad no es que lo disponga todo para mi provecho, sino que me done y me entregue por el bien y el servicio de los demás y que acoja el don que los demás quieran hacerme libremente. Por el camino de la afirmación de mí mismo y la búsqueda del provecho propio provocaré que los demás adopten ante mí una actitud defensiva y que reciba de ellos solo lo que están obligados a dar. Pero esto no llena: «El que insiste en gozar plenamente de sus prerrogativas y seguir siempre sus opiniones, sin tolerar las del que tiene al lado, y este es su modo de actuar en todos sus asuntos, tendrá pronto todo para sí mismo, pero sin nadie que comparta nada con él», escribió san John Henry Newman, en un sermón.

Por otro lado. Por el camino de la donación personal a los demás, dejándoles que sean y se den en libertad según su peculiaridad, provocaré relaciones humanas de auténtica comunión y libertad, al mismo tiempo.

e. Jesús es la verdad en persona que nos hace libres

Quien se encuentra con Jesús y lo ama, entabla con él una relación de amistad, permanece en Jesús y Jesús habita en él. En esa relación de amistad y amor se conoce a Jesús, se conoce su amor, su voluntad, y en eso consiste la verdad. El amor a Jesús consiste en fiarse de él, vivir para él, dejarse guiar por su voluntad. Quien hace esto es libre, ha entrado en el camino de la libertad perfecta. Quien conoce los mandamientos de Jesús pero no lo ama no conoce la verdad, solo conoce unas obligaciones que vienen de fuera y que serán un peso al que siempre estará tentado a rebelarse porque contradice sus

inclinaciones e intereses. Quien lo ama no experimenta un peso cumpliendo su voluntad, desea conocerla cada vez mejor para poderlo amar más.

5. LA LIBERTAD DEL AMOR

La libertad germina, crece y puede alcanzar su perfección solo en el terreno del amor recibido y dado. El amor solo puede ser libre y es el que respeta y potencia al máximo la libertad.

a. Dios Amor, modelo de libertad perfecta que dona libertad

A veces pensamos de Dios de una manera demasiado humana. Lo podemos concebir como alguien que nos señala unos mandamientos que tenemos obligación de cumplir ya que es infinitamente sabio y poderoso y como aquel que nos puede castigar en caso de no cumplir esos preceptos.

Pero no es así. Dios es Amor. Nos ha amado libremente y nos ha hecho y querido libres. Donde mejor podemos entender el amor de Dios y la libertad que nos da es en Jesús. Él es la encarnación del amor de Dios. Todo lo que ha hecho por nosotros desde su encarnación hasta la cruz y la resurrección, pasando por el don de la eucaristía y de su madre ha sido querido libremente por él. Se ha entregado por nuestro bien, para liberarnos de la esclavitud del pecado y ofrecernos la vida divina y eterna. Pero todo esto lo hace de manera que no violenta nunca nuestra libertad. No se impone. No obliga. Se entrega. Y nos deja en libertad para que respondamos. Nos pone por delante su amor y nos invita a dar una respuesta que puede ser la acogida o el rechazo. Espera que descubriendo su amor lo amemos y nos entreguemos a él. Porque ama podríamos decir que esta invitación está penetrada a la vez de una impotencia y de una potencia tremenda. Impotencia porque precisamente el amor le lleva a entregarse y a respetar, a esperar, a no forzar. En cierta forma nada más débil que el amor de Jesús. Así es como lo vemos siempre en la cruz. Pero por otra parte nada más potente que este amor pues quien lo percibe se siente movido a corresponder venciendo todas sus resistencias. Dios ama, espera a que el hombre lo perciba, confía que tiene fuerza de atracción y a quienes lo acogen y corresponden les comunica ese mismo amor y los transforma interiormente mediante el don del Espíritu Santo.

El amor de Jesús nos pone ante una alternativa absoluta y en ese sentido nos da la posibilidad de ejercer en grado sumo nuestra libertad. Es ante el amor divino donde se pone en juego al máximo la libertad. La alternativa realmente relevante de la libertad es a favor o contra el amor. Aquí es donde se juega todo. Si optamos por el amor entonces entramos en el espacio de la verdadera libertad.

b. El amor es libre y otorga libertad

El amor es libre en un doble sentido. Por una parte nadie me puede obligar a amar. No hay ninguna ley exterior a mí que me coaccione a amar a alguien, ni siquiera a Dios. Hay leyes que me pueden forzar a comportarme de una determinada manera, quizás incluso contrarias a mis convicciones, pero no hay ninguna ley que me obligue a amar. El amor es totalmente libre o de lo contrario no es amor. Ni con amenazas, ni con dinero, se puede obligar a amar.

Por otra parte el amor es libre en el sentido de que nadie me puede obligar a no amar. Dios no me puede forzar a amar, pero no le puedo impedir que me ame, es decir, que busque y procure mi bien de todas las maneras posibles. De la misma manera nadie puede impedirme que yo ame a una persona, ni siquiera esa persona. Lo que ella podrá hacer es no aceptar el amor, ignorarlo, pero no es libre de sustraerse a él porque solo depende de mí, no de ella.

Pero por otra parte el amor ni coacciona, ni obliga, ni es indiscreto. Es discreto, silencioso, pacífico, es como un perfume siempre presente, pero que no obliga a nada porque no quiere ni pretende del otro nada que no sea ofrecido libremente.

c. El amor libera apresando

El amor no obliga a los otros porque no quiere recibir nada que no sea un don libre. Pero al mismo tiempo, cuando penetra en una persona, es lo que más obliga. Puede expropiarme de mí mismo, que deje de vivir para mí y llevarme a vivir para las personas que amo. Una buena madre no puede dejar de entregarse por sus hijos, aunque eso le cueste la vida y renunciar a los proyectos propios. Eso ocurre también con un esposo o una esposa. El amor es una fuerza interior, no impuesta, que lleva a la entrega de la propia vida.

Es también la experiencia de los santos. Santa Teresa en una poesía dice: *"aquesta divina prisión, del amor con que yo vivo, ha hecho a Dios mi cautivo y libre mi corazón, y causa en mí tal pasión, ver a Dios mi prisionero, que muero porque no muero"*⁷.

Habla del amor como una prisión, y es así, porque si es auténtico no puede hacer sino aquello a lo que el amor le impulsa. Pero al mismo tiempo experimenta la mayor libertad. Quien ama podríamos decir que va de libertad en libertad, vive siempre en la esfera de la libertad. Esto es lo que ocurría entre Santa Teresa y Dios, ambos prisioneros de amor uno del otro y por el mismo motivo ambos perfectamente libres. Esto es lo que debería darse entre los esposos: el amor hace a cada uno preso del otro, y en esa prisión experimentan su mayor libertad.

⁷ *Poesías*, en: *Obras completas*, BAC, Madrid, 2012, p. 654.

El estado que describe Santa Teresa en esa poesía, que es el del amor y la libertad perfecta, en esta tierra lo podemos experimentar parcialmente, es la herencia que nos espera en la vida eterna. Aquí, en la medida que somos criaturas limitadas y está viva y operante en nosotros la consecuencia del pecado que nos divide interiormente, experimentamos la tentación, y la lucha y el precio, a veces costoso, de la fidelidad en el amor. También experimentamos la debilidad y fallamos al amor, pero Dios siempre nos sale al paso y nos invita a seguir adelante hacia esta meta.

d. El amor perfección y plenitud de la libertad

Nadie más libre que el que ama. La libertad más perfecta se realiza en el amor a Dios y al prójimo. El que ama es libre de sí mismo, que es la libertad más radical: «la primera libertad, dice san Agustín, consiste en estar exento de crímenes»⁸. Es libre el que es independiente de las modas, de las costumbres, de los formalismos, del qué dirán, de caer mal o bien, de la cultura, de las leyes, de las manipulaciones ideológicas. Sí, también de las leyes, no solo de las injustas, sino también de las justas. El que ama hace más por amor (libremente, como una exigencia interior) que la ley pide por fuerza, como dice san Juan de Ávila en el primer Memorial al Concilio de Trento⁹.

La libertad perfecta es aquella en la que el amor ya no se puede echar atrás. Se ha alcanzado, por decirlo de alguna manera, la estabilidad en el amor. Esto es lo que ocurre en Dios que no puede hacer el mal y eso no reduce su libertad, que es perfecta e infinita. Para nosotros el mal es una posibilidad porque somos limitados y nuestra libertad finita. Pero la libertad perfecta se alcanza cuando se está confirmado en el amor, es la que se ejercita solo en los amplios espacios del amor y del bien. Dicho de otra manera, no es más libre el esposo que decide ser infiel a su esposa o abandonarla que aquel en el que el amor ha crecido tanto que ya no puede serle infiel y su libertad está toda entera ocupada en sorprenderla continuamente con las iniciativas y creatividad del amor: es la gozosa experiencia de libertad en la cual nuestras aspiraciones coincidan con nuestro deber, de la que habla san John Henry Newman en su sermón *La santidad, sin la cual no es posible ver a Dios*¹⁰.

La libertad perfecta que se alcanza en el amor no se reduce cuando este es crucificado y se dirige a los enemigos o cuando no es correspondido. El que ama puede parecer a veces un sometido. Por ejemplo Jesús cuando fue juzgado, cargó con la cruz y fue crucificado. Parece que estamos en el límite máximo de sometimiento y de ausencia de libertad. Sin

⁸ Agustín, *Tratados sobre la primera carta de San Juan*, 41, 9-10

⁹ San Juan de Ávila, *Memorial primero al Concilio de Trento* (1551). Reformati3n del estado eclesiástico, n. 6, en: *Obras completas II*, BAC, Madrid, 2001, p. 488.

¹⁰ *Sermones parroquiales y sencillos I*, s. 1.

embargo es justo lo contrario. O la esposa que es maltratada y una esclava de su esposo pero sigue buscando siempre su bien. O los mártires que son eliminados como las ovejas por los lobos. O los que buscan y procuran sinceramente el bien de sus enemigos. Quien ama tiene en su mano el arte de poder convertir una injusticia que clama al cielo en un acto libre de amor. Aquí está la mayor realización de la libertad. El amor, con su libertad, está por encima de todo.

Alguno quizás puede pensar que todo esto no es humano. Y lleva razón, este amor y esta libertad no son solo obra del hombre. Esta plenitud solo es posible como participación en el amor y la libertad infinita de Dios. Dios no solo no es un peligro para nuestra libertad, sino el único que nos puede hacer posible alcanzar la libertad perfecta.

Esto puede parecernos increíble y utópico, pero es cierto. Quien ama así se sabe y se experimenta libre, totalmente libre, y se da cuenta que todo el tiempo que ha vivido cerrado en sí mismo ha sido tiempo perdido, ha sido una equivocación y ha estado verdaderamente cautivo.

El amor conduce a la perfecta libertad y al mismo tiempo requiere y exige la libertad, no puede regularse ni someterse a una ley. «Ama y haz lo que quieras»¹¹. El amor solo puede respirar y vivir en libertad, de ahí que “la medida del amor verdadero, es el amor sin medida”¹².

e. La comunión personal dilata el espacio de la libertad

El que ama abre espacios en sí mismo para aquellos a los que ama. Para entendernos vamos a fijarnos en el caso del amor entre los esposos. Es un modelo que nos puede servir de referencia, pero todo lo que se dice en este caso puede ser aplicado a su nivel a toda relación personal animada por el amor. El esposo ha metido a su esposa en su vida, la deja vivir en él, más que a él mismo. En realidad el esposo su vida ya no la concibe como suya propia, sino que su vida la tiene puesta en la esposa, vive para ella y también vive de ella. Su vida es el bien de su esposa y de su familia. Y esto lo tiene fuera de sí, en el sentido de que ya no le queda espacio para sí mismo, ha perdido libre y voluntariamente su “autonomía”, para vivir al servicio del bien de su esposa y familia. Todo esto tiene muchas caras hermosas. Piensa en ella, descubre atenciones con la que la puede regalar, conoce sus gustos y trata de complacerla, busca siempre su mayor bien, que se realice plenamente como mujer, que sea muy libre, tiene una gran intimidad y confianza con ella y le abre su corazón, y al mismo tiempo sabe respetarla y dejar que sea ella misma y se dé a su manera –es decir, sabe compaginar el máximo interés por ella, por su bien, en todo lo

¹¹ San Agustín, *Tratados sobre la primera carta de San Juan*, homilía 7, párrafo 8.

¹² San Bernardo de Claraval, *De diligendo Deo*. La frase es probablemente de Severo, obispo de Milevi, y se encuentra en una carta que éste dirigiera a san Agustín

que depende de él, un interés nunca curioso, junto con la discreción y el respeto que requiere todo misterio personal–, acepta sus debilidades y las asume no solo como cosa de ella, sino también como propia y quizás se exige a sí mismo lo que no se atrevería a exigirle nunca a ella, conoce su forma de pensar, más aun, la forma de pensar de la esposa se ha hecho suya sin haber perdido la propia y por eso intuye lo que ella espera, lo que desea, lo que le parecerá mejor y por eso está en sintonía con ella. Se podría decir que el amor hace que vivan dos en uno, que vivan en el esposo él mismo y su esposa, armonizados, no confrontados. Esta presencia interiorizada de la esposa en el esposo (se ha producido como una comunicación de su espíritu), que se ha convertido para él en parte de su identidad, no lo empobrece, no es un obstáculo para su libertad, sino que es una riqueza que dilata su personalidad y amplía los horizontes de su libertad. El esposo no está sometido por la esposa, sino que gracias a ella crece su libertad y se agranda el vuelo que puede dar con sus capacidades.

Este es otro aspecto muy hermoso, es otro milagro que obra el amor auténtico. El esposo no solo ama, sino que se sabe y se siente amado por su esposa y esto le da alas. Se sabe acogido, querido, sabe que en ella tiene una compañera fiel, en la que puede confiar plenamente y que ella al mismo tiempo confía en él. Este amor y esta confianza que recibe el esposo, el estímulo y el apoyo que recibe de su esposa, le hace posible llegar donde no llegaría por sí mismo. Pone en activo en él cualidades dormidas que necesitaban el amor de una persona para despertar y ponerse en marcha. En esta relación, cuando es auténtica, se podría decir casi lo mismo que se dice de la fe: consigue tanto cuanto espera. Así la esposa que ama a su esposo y le transmite confianza consigue cuanto espera de él, pero no por un interés egoísta, para su beneficio propio (si esto fuese así lo único que conseguiría sería un distanciamiento y que él se cerrase) sino para el crecimiento humano y cristiano de su esposo que es lo que ella busca y desea. Quien entra por estos caminos experimenta la libertad, la ligereza y la agilidad del amor que corre y vuela y nada lo detiene.

Es imposible agotar todos los matices y todas las caras tan hermosas que puede tener el amor entre los esposos. Entre ellas no hay que olvidar las dificultades, los sufrimientos, las cruces compartidas. Todo da ocasiones para sorprenderse mutuamente por la riqueza y novedad del amor que supera todos los estereotipos. Y tampoco hay que olvidar que ambos están heridos por el pecado y que por lo tanto han de contar con cosas no buenas. Pero tampoco estas tienen por qué ser un obstáculo para todo lo anterior. El amor sincero sabe convertirlo todo en materia para encenderse más y nada lo puede apagar.

Pues esto que se ha dicho para la relación entre los esposos se podría trasladar, cambiando lo que haya que cambiar, en los detalles, no en el espíritu, a la amistad, a cualquier tipo de relación humana y en el límite incluso a la enemistad. Es la libertad del

amor, que no tiene fronteras ni límites y que se prodiga por todas partes, con todas las personas. El corazón más libre es el que a más personas mete dentro y el corazón más encarcelado y estrecho es aquel en el que solo cabe uno mismo.

Las personas somos limitadas y pecadoras y por esto todo lo anterior se realiza de la forma que se puede realizar, que no es nunca algo fantasioso e idílico. Pero en Dios no hay límites ni pecado. Si la relación entre los esposos imaginamos que puede ir por ahí, imaginemos cómo puede ser con Dios con el que cada uno tenemos que establecer una relación verdaderamente esponsal en mayor medida aún de la que se da entre los esposos y que es la raíz y garantía de toda esponsalidad. Si me ama Dios y amo a Dios se pueden aplicar todas las cosas dichas. Si le hago espacio a Dios en mi vida y le dejo vivir en mí y vivo para él se puede dar ese vivir dos en uno, lo que pasa es que ahora será Dios, su Espíritu, el que vive en mí y mi identidad personal quedará enriquecida infinitamente por la presencia del Espíritu Santo de Dios en mi espíritu. Él no solo es capaz de poner en activo todas mis potencialidades, sino que es capaz incluso de hacer creaciones en mí dotándome de cualidades nuevas, divinas y sobrenaturales, que yo nunca podría alcanzar con mi esfuerzo y empeño, que están más allá de mis posibilidades y de mi libertad, pero que él me puede regalar. De esa manera, sin perder para nada mis particularidades propias participo, por gracia, del pensar de Dios, del querer de Dios, del sentir de Dios, de la paz de Dios, de la alegría de Dios. ¡Quién puede hablar aquí de que Dios es un obstáculo para mi libertad!

Esto que se dice de la relación de los esposos, de los amigos, de cada uno de nosotros con Dios lo podemos aplicar también a nuestra relación con la Iglesia. La pertenencia a la Iglesia no condiciona nuestra libertad con una serie de normas que nos dejan por debajo de la verdadera estatura humana. En una ocasión un investigador dijo a otro que era católico: “los católicos están llenos de prejuicios y límites”. El católico ama a la Iglesia, y la fe y la sabiduría de la Iglesia, todos sus tesoros y riquezas son suyas y las tiene interiorizadas. Y lo mismo pasa con la comunión de los santos. Cuando nos acercamos a un santo experimentamos que no se hace más pequeña y estrecha la cárcel en que vivimos sino que se amplían los horizontes y el espíritu respira liberación, libertad. El santo no piensa simplemente en qué hará el próximo fin de semana, su espíritu no está aprisionado en el aquí y el ahora –por más que vive con intensidad, llenándolo de amor, cada momento presente– sino que tiene ante la mirada los próximos quinientos años, como dice el Cardenal Newman en un sermón¹³.

El amor crea comunión con las personas, y la comunión permite que cada una pueda vivir en las demás, y de esa manera dilata siempre más el espacio de la libertad. Solo una

¹³ Newman, J., *Sermón 355*, en: *Sermones parroquiales y sencillos* 3, s. 17; p. 235.

cosa hay que asegurar: no cerrarse en uno mismo y no servirse nunca de los demás sino estar siempre al servicio de su mayor bien.

f. La libertad del amor más allá de autonomía y heteronomía

Cuando hay amor no se puede hablar propiamente ni de autonomía ni de heteronomía, que pasan a ser palabras inapropiadas. Quien ama ¿es autónomo? Quien ama ¿está sometido heterónomamente? El amor nos coloca por encima de la confrontación autonomía-heteronomía, a otro nivel. En el ámbito del amor ese planteamiento no tiene sentido. El amor nos coloca en el ámbito de la verdadera libertad. Los físicos a veces juegan con la hipótesis de la existencia de varios universos. No sabemos si eso será real o solo una hipótesis. Pero sí que podemos hablar de dos universos, reales, distintos, uno en las antípodas del otro: el universo de la afirmación de sí mismo, del egoísmo, donde la libertad es un bien que hay que defender y custodiar asegurando de todas las maneras la propia autonomía, sin admitir condicionamientos que vengan del exterior, sea de Dios o de los demás, y el universo del amor, donde se sale de sí mismo y se deja todo el espacio libre para Dios y para los demás. Son dos universos de valores distintos, de lenguajes distintos.

Ni la autonomía, ni la heteronomía son situaciones plenamente humanas. La heteronomía, contra la que se rebelaron legítimamente los pensadores modernos, en la medida que quiere expresar la situación de un hombre sujeto a normas dadas e impuestas desde fuera que lo someten y no le dejan espacio para su libertad personal, es deficiente y no lleva a la realización de la persona. Si falta el amor, es la situación en la que se pueden encontrar muchos hombres religiosos –fariseísmo, rigorismo, indietrismo–. Pero este tipo de normas no solo proceden de la religión, pueden proceder de costumbres no escritas, o de la moda, que es un tipo de tiranía, o de la opinión de la mayoría, de las leyes que emanan de un parlamento donde domina una determinada visión del mundo. El problema es cómo salir del enredo de este tipo de planteamiento que tomado en serio generaría muchos problemas.

Pero la autonomía, que tan insistentemente se quiere custodiar en la cultura moderna, tampoco ofrece una salida, además de que en la práctica resulta imposible, y, por lo tanto, una batalla perdida de antemano. Por este camino el hombre tampoco se realiza plenamente como hombre sino que se cierra sobre sí mismo colocándose en una situación tan inhumana como la producida por una heteronomía fanática. El ideal humano no puede ser ni uno ni otro, los dos son caminos errados, hay una alternativa que los supera a ambos. El primer camino produce el hombre gregario, y requerirá guarderías para cuarentones sin personalidad propia, el segundo produce solterones que solo pueden engendrar huérfanos y ninguna de las dos cosas son estados de vida

verdaderamente humanos. El amor nos coloca más allá de la dialéctica autonomía-heteronomía. Nos coloca en el espacio de la verdadera libertad humana, que solo nace, crece y se realiza en el ámbito del amor.

CONCLUSIÓN: EL CRISTIANISMO SE COMUNICA POR ATRACCIÓN NO POR PROSELITISMO

En uno de los prefacios que aparecen en el misal se dice que Dios enviando a Cristo para redimirnos del pecado y de la muerte, y derramando el Espíritu Santo, ha hecho "de todas las naciones un solo pueblo nuevo, que tiene como meta, tu reino; como estado, la libertad de tus hijos; como ley, el precepto del amor"¹⁴. El cristiano es ciudadano de este pueblo. Su estado de vida es la libertad, porque Dios no quiere relacionarse con el hombre de otra forma. Él dice explícitamente que no le interesan los formalismos y las normas, sino que busca la entrega libre y por amor del corazón.

Todo esto tiene como consecuencia el gozo interior, la alegría y la paz. El cristiano que vive así no es una persona triste, quejosa, pesimista, al contrario es una persona alegre, cordial, optimista, positiva. Eso no quiere decir que no tenga problemas y dificultades. Seguramente los tendrá, como solía decir el Papa Francisco, dentro incluso de la misma Iglesia de la que forma parte, porque las personas somos más limitadas de lo que nos parece e incluso con buena voluntad y buscando todos lo mejor a veces nos hacemos las cosas difíciles. Pero todo esto escabroso también lo puede allanar el diálogo humilde, hijo del amor y de la fe, haciendo posible la comunión y la armonía sincera y de corazón más allá de todas estas limitaciones o pecados.

Un cristianismo vivido así, como decía Pablo VI, viene a diferenciarse profunda y radicalmente del mundo en el que se encuentra y al que quiere ayudar. Y de esta forma se convierte en fermento renovador, y pueden ser muchos los que se sientan atraídos a abrirse a Dios y adoptar este estilo de vida. Los últimos Papas nos han recordado con mucha insistencia que "el cristianismo se comunica por atracción no por proselitismo"¹⁵. Que los demás nos vean vivir realmente en el universo del amor, de la fe, de la libertad, de la alegría y puedan experimentar la atracción de la vida cristiana. Esto no ocurrirá si en nosotros encuentran un grupo de personas egoístas, sin más horizontes que vivir cómodamente y sin problemas, quejosos, sujetos a normas que en el fondo nos queríamos saltar.

Este "método" de la "atracción" fue el que hizo suyo San John Henry Newman y la razón por la cual su testimonio fue tan atractivo para sus contemporáneos y lo sigue

¹⁴ Prefacio VII

¹⁵ Esta frase de Benedicto XVI ha sido asumida y repetida en varias ocasiones tanto por el Papa Francisco, como por el Papa León XIV.

siendo para nosotros: *"Los movimientos vivos no nacen de comisiones, ni las grandes ideas operan por correo, sino en la fuerza de la influencia personal... Ninguna gran obra ha nacido de un sistema; los sistemas, en cambio, surgen de esfuerzos individuales... Tal es el curso de las cosas: promovemos la verdad por el sacrificio de nosotros mismos..."*¹⁶ En base a su propia experiencia, Newman nos invita a *"sentirnos conformes con la suerte más humilde y más oscura... que en ella podemos ser los instrumentos de un bien muy grande, que casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido..."*¹⁷. Él, que por el bien de todos se dedicó a unos cuantos y se hizo esclavo del grupo en formación, prefirió una vida sencilla, callada, oculta, entregada: fue como una de esas raíces que dan vida a un gran árbol, nadie las ve, pero son la clave para que sigan brotando flores y frutos.

El mundo actual, sobre todo los jóvenes, escucha más agusto a los testigos que a los maestros y si escucha a los que enseñan es porque antes dan testimonio¹⁸. San John Henry estaba convencido de ello: *"La Verdad –nos dice– se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, o por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, tal como lo he explicado, siendo a la vez maestros y modelos de la misma. Los hombres se deciden, con pocas dificultades, a mofarse de los principios, a ridiculizar los libros, a reírse del nombre de los buenos; pero no pueden soportar la presencia de éstos. Es la santidad revestida de forma personal la que no pueden abatir, mirándola fijamente cara a cara... La conducta práctica de una persona religiosa es algo que les supera por completo... Será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña... El atractivo de la santidad humilde tiene un carácter de irresistible urgencia"*¹⁹.

¹⁶ *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, BAC, Madrid, 2011, p.

¹⁷ *La influencia personal como medio para propagar la verdad*, en: *Sermones Universitarios*, V, p. 139, ss. (22 de enero de 1832).

¹⁸ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 41. Cf. Pablo VI, *Discurso a los miembros del Consilium de Laicis* (2 octubre 1974).

¹⁹ Newman, J., *La influencia personal como medio para propagar la verdad*, cit.